



Casas muertas

Miguel Otero Silva

[Download now](#)

[Read Online](#) 

Casas muertas

Miguel Otero Silva

Casas muertas Miguel Otero Silva

Descripción del declive de Ortiz, un pueblo en los llanos centrales del país, debido a las continuas muertes por epidemias de malaria y la emigración de sus habitantes hacia las grandes ciudades y las zonas de producción petrolera. La novela ilustra el proceso en el que pueblos latinoamericanos sometidos a intereses externos.

Casas muertas Details

Date : Published 1985 by Editorial Oveja Negra (first published 1955)

ISBN : 9788482806938

Author : Miguel Otero Silva

Format : Paperback 126 pages

Genre : Fiction, Classics, Academic, School

 [Download Casas muertas ...pdf](#)

 [Read Online Casas muertas ...pdf](#)

Download and Read Free Online Casas muertas Miguel Otero Silva

From Reader Review Casas muertas for online ebook

Mariana says

"...yo no soy partidario de la guerra civil como sistema, pero en el momento presente Venezuela no tiene otra salida sino echar plomo. El civilismo de los estudiantes termino en la cárcel. Los hombres dignos que han osado escribir, protestar, pensar, también están en la cárcel, o en el destierro, o en el cementerio. Se tortura, se roba, se mata, se exprime hasta la última gota de sangre del país. Esto es peor que la guerra civil. Y es también una guerra civil en la cual uno solo pega, mientras el otro, que somos casi todos los venezolanos, recibe los golpes."

Reseña aquí: <http://mariana-is-reading.blogspot.co...>

Joan Sebastián Araujo Arenas says

En *Casas muertas* la decadencia de un pueblo se da por fenómenos que hasta cierto punto se pueden denominar «naturales», dado que son principalmente enfermedades que, para la época en que se sitúa la historia ~~va desde la década de 1890 hasta la de 1930?~~, no tenían un tratamiento eficaz; o al menos eso es lo que se puede asumir.

Otras de las causas, sin embargo, podrían considerarse «artificiales» ~~al ser provocadas por el hombre?~~, entre las cuales se encuentra una que menciona uno de los personajes:

«[...] La guerra civil es la causa de todos nuestros males. Si Ortiz está en escombros, si la gente ha huido, si la gente ha muerto, todo pasó por culpa de las guerras civiles. Dicen que fue el paludismo, que fue el hambre, que la ruina de la agricultura y de la ganadería. Pero, ¿quién trajo el hambre?, ¿quién trajo el paludismo?, ¿quién arrasó los conucos> ¿quién acabó con el ganado?

La guerra civil. Aquí había mosquitos siempre y nos picaban siempre sin que nos diera paludismo. Pero los soldados jipatos que venían en campaña desde el Llano se paraban en Ortiz. Y se paraban en Ortiz los que iban a perseguir las revoluciones de oriente y los que venían de oriente en revolución. Esas fueron las sangres que envenenaron a nuestros mosquitos, que nos trajeron la perniciosa y la muerte.

Las guerras civiles reclutaron nuestros hombres jóvenes, pisotearon y arrancaron nuestras maticas de maíz y frijoles, mataron nuestras vacas y nuestros becerros y nos dejaron el paludismo para que acabara con lo poquito que quedaba en pie [...]» (p. 65)

Este es sólo un punto de vista restringido y resignado, claro está. Porque, tal y como lo exponen otros personajes, la guerra civil podría considerarse «necesaria» ante determinadas circunstancias. Y es probable que esto último es aquello que creyera y defendiese el propio autor, dado que fue parte de la revuelta estudiantil de 1928 ~~aquella que retrató en su novela «Fiebre», que algunos consideran como parte de una trilogía donde «Casas muertas» es el segundo tomo y «Oficina No. 1» el último?~~.

Sin embargo, señalar las causas de la debacle sólo es un punto trivial del asunto. Otero Silva una vez reconoció que sus novelas siempre eran de «denuncia», es decir, de hacer ver aquello que comúnmente se ignoraría o ante lo que se permanecería indiferente. Al hablar de Ortiz ~~¿la rosa de los llanos?~~, que fue una vez la capital de Guárico, lo hace desde la nostalgia, desde la impotencia de no poder hacer nada para salvar a las pobres gentes que aún vivían cuando se dirigió hasta allí para documentarse sobre cómo había sido alguna vez todo ese paisaje en ruinas.

«Una casa muerta, entre mil casas muertas, mascullando el mensaje desesperado de una época desaparecida. Todos en el pueblo hablaban de esa época. Los abuelos que la habían vivido, los padres que presenciaron su hundimiento, los hijos levantados entre relatos y añoranzas. Nunca, en ningún sitio, se vivió del pasado como en aquel pueblo del Llano. Hacia adelante no esperaban sino la fiebre, la muerte y el gamelote del cementerio. Hacia atrás era diferente. Los jóvenes de ojos hundidos y piernas llagadas envidiaban a los viejos el haber sido realmente jóvenes alguna vez.» (p. 15)

Quien se pierde dentro de las líneas sangrantes con las que fue concebida esta historia termina por formarse un complejo de angustia ante tanta soledad y desesperación. Porque la tragedia de Ortiz no es más que la manifestación particular de un problema generalizado e inherente a todo un pueblo (el venezolano). El dilema de Hamlet es contextualizado en otra forma con otras connotaciones: en vez del «ser o no ser» se habla de «huir o quedarse». En 1930, se huía de las llanos en pos del petróleo recién comenzado a explotarse. En la actualidad, otras razones pero las mismas dudas.

Parece cierto aquello de que la historia se repite dos veces, una vez como tragedia y la otra como farsa...

Elizabeth says

3.5

Miguel Otero Silva, no se asemeja con nada que haya leído anteriormente, y hoy me encuentro con la difícil tarea, de dar mi humilde opinión sobre un clásico nacional. *sin presiones*

Es una tarea bastante atrevida, porque esta mortal no quisiera delatar que ignora algún detalle importante de la historia o del tipo de escritura en sí.

En Casas Muertas se nos narra la historia de este viejo pueblo llanero llamado Ortiz, situado en Venezuela, en la época de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Y se nos relatan dos escenarios, la Ortiz viva, llena de alegrías, de gente y fiesta, en los recuerdos de sus habitantes, y la Ortiz moribunda, en los zapatos de Carmen Rosa, nuestra protagonista. De esta manera, se intercalan los recuerdos y el presente mostrándonos su decadencia al pasar de los años, y las causas de esta.

Este libro se me hizo bastante particular, y es que es la primera historia que leo situada en Venezuela, los detalles y la sutileza de Otero Silva, hacen que sientas el calor de los llanos en cada página, como si el sol, realmente estuviera ardiendo en tus brazos. Con García Márquez, que al momento es mi único punto de comparación en escritura latinoamericana, - esperemos que eso cambie pronto- sentía, como si mis abuelos me contaran su historia. Con Otero Silva fue algo parecido, aunque no la sentía propia, porque soy andina y no llanera, podía oír el acento de mi gente, y sentir sus desdichas, como si un antiguo forajido, que venía desde muy lejos, me contara un cuento.

En su historia, Otero Silva no vacila en narrar la crueldad de la dictadura de Gómez, y como su desinterés por la patria, causó la muerte lenta de este pueblo –y probablemente muchos otros-, que aunque luchaba contra todos los males, poco a poco iba perdiendo la batalla contra la fiebre, el olvido y la resignación de vivir para morir.

Siento que lo leí en una época excelente, ya que con la pesadilla que estamos viviendo en mi país, pude comprender a los personajes y sus preocupaciones. Pero el sentimiento, que más me abrumo, fue el de impotencia, de ver a Ortiz cada vez más débil delante de mis ojos, de ver a una pequeña parte de mi Venezuela, herida, y aun peor, verla herida en forma de recuerdo, de algo que ya paso, de algo que no podre cambiar. Quedo clarísimo, que la historia se repite, la tiranía, la represión al que alza su voz, y el miedo de los que vivimos de vivir solo para morir con junto a las Casas Muertas.

"...yo no soy partidario de la guerra civil como sistema, pero en el momento presente Venezuela no tiene otra salida sino echar plomo. El civilismo de los estudiantes termino en la cárcel. Los hombres dignos que han osado escribir, protestar, pensar, también están en la cárcel, o en el destierro, o en el cementerio. Se tortura, se roba, se mata, se exprime hasta la última gota de sangre del país. Esto es peor que la guerra civil. Y es también una guerra civil en la cual uno solo pega, mientras el otro, que somos casi todos los venezolanos, recibe los golpes."

Para finalizar debo admitir, que Otero Silva me dejo con las ganas, quería más, y siento que me faltó algo, así que espero leer pronto otra de sus obras, para encontrar finalmente lo que tal vez me faltó en esta. Aunque mantengo que, Casas Muertas es uno de esos libros que debo releer en un futuro cercano.

Fernando Endara says

Una novela bastante amena y sencilla de seguir. El autor logra dibujar a unos personajes que poco a poco van calando en el interior del lector. Realismo mágico, al más puro estilo del Boom Latinoamericano. Es mi primera lectura de un venezolano y me quedé con un muy buen sabor de boca. La novela narra la desventura y la ruina de un pueblo lleno de casas abandonados, vetustas y sombrías. En Ortiz, el pueblo en los llanos donde se desarrolla la historia, quedan pocas personas: débiles, enfermo, desesperados... Todas las desgracias posibles se abaten sobre el pueblo: plagas, enfermedades, lluvias, calores insoportables, guerra civil, hambruna, agricultura y ganadería decadentes. La misma vida decadente. La población diezmada, desolada y abatida; sin atisbar un rayo de esperanza. Uno tras otro los habitantes de Ortiz mueren por una u otra.

La injusticia es otro de los elementos presentes en este libro. Conozco poco de la historia venezolana; aunque sospecho que el fondo se repiten los mismos crímenes y atrocidades de la historia de Ecuador y de otros países del continente. El apogeo de unos pocos, la toma de poder por la fuerza, leyes dictadas para conservar el poder, guerras civiles en donde caen todos menos los "peces gordos" que orquestan la matanza. Los estudiantes, los temidos estudiantes, son llevadas desde Caracas a Palenque, a trabajos forzados a una suerte de campo de concentración. Vaya...! Los parecidos con la realidad actual son dignos de mención. Recordemos Ayotzinapa y los 43, en donde los altos mandos del hampa y del gobierno (que en México y en otros de nuestros países viene a ser lo mismo) siguen en la impunidad.

Para muchos la historia de este libro se confunde con el panfleto. Como periodista creo que es inevitable tomar parte de los acontecimientos. La subjetividad humana hace que en nuestros escritos estén presentes la ideología invariablemente. Y esa es una de las características de la literatura de latinoamerica: la denuncia de los abusos, la miseria y olvido en que vive a mayor parte de la población, y sus esperanza para un mejor porvenir.

Esta esperanza se manifiesta en Carmén Rosa, la protagonista de la historia. En el último capítulo decide

marchar a Oriente, para no morir en el pueblo muerto y fundar nuevos confines de vida. Entiendo que Miguel Otero Silva tiene otra obra en donde retrata la fundación de nuevos pueblos en Venezuela a raíz de auge del "oro negro". Espero leerlo y espero encontrar a Carmen Rosa entre sus páginas; aunque imagino que nuevas desgracias se ceñirán sobre ella, sobre los venezolanos, sobre los latinos, sobre la humanidad....

Víctor Mosqueda Allegri says

Advertencia: Este análisis de Casas Muertas puede ofrecer detalles de la trama, que quizás no quieras conocer si aún no lees la novela.

Lo primero que resalta al tomar la novela es la intensidad emocional que consigue elaborar Otero Silva solo en la primera página. Después de una primera oración tan intrascendente como la más de ellas, comienza un crescendo emocional, muy sutil, que le permite al lector sentirse ya completamente involucrado.

En un principio puede dar la sensación de ser una mala imitación del inicio de Crónicas de una muerte anunciada (al menos a mí me dejó esa sensación), aunque no sé si esa comparación sea anacrónica.

Con un entierro como primer evento, donde el finado es un personaje claramente desconocido, pareciera que las probabilidades de empatía son pocas, y es allí donde se da la sorpresa, pues tras pocas líneas, casi sientes la angustia, el dolor y la impotencia por que haya muerto un sujeto tan increíble como el narrado. Sin embargo, esta grandiosidad emocional se va tornando para el lector en una suerte de sensación de estar siendo burlado, mientras más avanza el libro. Ese personaje, que en un principio es narrado tan heroicamente, resulta ser luego descrito de forma sencilla, intrascendente en los términos principalmente propuestos. Da la sensación de que, después de una descripción tan increíble del personaje, y sobre todo del efecto de este personaje en el pueblo de Ortiz, el mismo Miguel Otero no supo cómo llevar las riendas, y luego solo se conformó con tratar de repetir cada tanto, como una fórmula comprobatoria de la veracidad de lo dicho al principio, que aquel personaje (llamado Sebastián) era de los hombres más fuertes que cruzaron Ortiz en sus últimos años; aunque esa fuerza no hubiera sido usada jamás para el beneficio de Ortiz, como parece indicarse al inicio.

Se trata únicamente de un viajero (venía del pueblo de Parapara), que pisaba Ortiz cada domingo para visitar a su novia, Carmen Rosa, el mayor (y en cierta forma) forzado vínculo para su siguiente novela, Oficina n° 1, que explora el universo contrario de casas muertas.

Lo cierto es que todo esto resulta un tanto triste, porque hace que el lector se arme de expectativas muy altas sobre las acciones de Sebastián (e incluso Otero las alienta con un grupo de acciones aisladas, que así como empiezan, desaparecen, sin que más de 4 personas de todo Ortiz se enteren), que nunca terminan de cumplirse. De modo que, a medida que se va acercando esa inevitable muerte, anunciada desde la primera línea de la novela, el lector se va decepcionando más ante la evidencia de que nada pasará.

Ahora bien, surge la pregunta: ¿Esto arruina el esplendor de la primera página de la novela? En lo absoluto. A lo sumo arruina el posible esplendor de la novela. Porque, lo más triste (o quizás intrigante) de todo esto es que, los elementos estaban dados para hacer de Sebastián, durante el desarrollo de la novela, el héroe que se logró vislumbrar durante esa primera página gloriosa. Entonces, pareciera que se trata de una novela floja, donde Otero Silva se dedica únicamente a utilizar a sus personajes como títeres para decorar su escenario en deploración continua; lo cual podría afirmarse que es lo único en lo que no economiza su poder narrativo. De pronto necesita explicar en qué consiste la fiebre, y toma a un personaje comodín y lo hace morir de ella,

para mostrarnos todo el proceso, desde el mismo ciclo de vida del mosquito. Quiere que sepamos cómo se vislumbraba un asunto político delicado (y reiterativo además, en la obra de Otero) como el asociado a la vida de los presos políticos en la prisión-carretera de Palenque, y hace que por Ortiz atravesase un autobús lleno de jóvenes aherrojados. Y para justificar tamaña coincidencia de eventos, no encuentra mejor explicación que decir que Ortiz quedaba de camino a tal prisión; lo cual era la razón, además, de que tantas mujeres pasaran en auto por esa vía, tratando de cazar noticias sobre sus hijos o esposos. Entonces, uno no se explica cómo es que ése fue el único autobús que pasó por ese recodo del mapa, y cómo en caso de que haya habido otros, ése fue el que causó tal alboroto.

Termina, entonces, y ya definitivamente, quedándote la sensación de que esta no es sino que otra de sus novelas-panfletos, donde reúne un posiblemente bonito argumento, un conjunto de escenarios bien elaborados, unos personajes perfilados con cierto esmero, para volverlos serviles esclavos de sus intenciones ideologizantes. Y es triste que desaproveche recursos tan narrativamente valiosos como los que es capaz de crear, en beneficio de la creación de un panfleto flojo que, de paso, no termina de arriesgarse a ser un panfleto, de modo que queda en un limbo siempre incómodo entre literatura y escribanía política.

Quizás valga la pena sumar a la interpretación el hecho de que esta es su segunda novela. Y colocando a esta en contraste con Fiebre, la primera de todas, podemos ver el crecimiento en su narrativa, como si se tratara de la primera obra, versus la de la mitad de su carrera.

Fiebre es una obra que carece casi completamente de una estructura narrativa adecuada para soportar una historia como la que pretende y darle el correcto tratamiento, mientras que la estructura política salta demasiado a la vista, y no puedes dejar de pensar en ningún momento que se trata de un escritor que está tratando de cambiar, con poco resultado, los nombres y lugares de los eventos que vivió en carne propia para que parezca que la historia es ficcional, y no un intento de volverse a sí mismo un héroe (o lo contrario).

En ésta, en cambio, se ven mucho más controladas esas ansias de decir, pero nunca al nivel que podemos observar en Cuando quiero llorar no lloro, que es una novela en todo el sentido de la palabra, y una novela experimental ejemplar, por decir más, donde la historia (compleja, rica, profunda, hermosa) existe, es autosuficiente, y es el motor bajo el cual se mueven los personajes, se presentan los escenarios, se construyen los acontecimientos. Lo ideológico (existente también, como es de esperarse en Otero Silva), es tan sutil que te da la posibilidad, como lector, de reflexionar más al respecto, porque no se trata de una imposición reflexiva que irrumpe tu necesidad de continuar leyendo una historia.

Volviendo a Casas Muertas, entonces, el equilibrio entre historia y panfleto, si bien está mucho más logrado que en Fiebre, todavía no convence demasiado, por mucho intentar convencer. Da la sensación de ser un escritor joven, con una pasión demasiado fuerte por decir, que necesitará explorar por dos o tres novelas más, antes de poder permitirse realmente narrar. Pero, que eso pasara en Fiebre, donde la historia no es demasiado emocionante, no parece tan malo. Uno hubiera esperado que drenara su pasión por decir en otras novelas del mismo nivel de Fiebre, antes de tomar el reto de escribir Casas Muertas.

Y es que el poder oculto que queda en esta historia por todo lo mencionado es tan grande que yo me atrevería a decir que, de manejarlo de la forma adecuada, esta novela, junto con Oficina n° 1 (asumiendo que en esta última también mejorara lo aquí dicho), sería la versión venezolana, propia de la narrativa del boom, de Cien años de soledad, solo que narrada a dos tiempos y en desorden cronológico: primero el derrumbe de un pueblo, luego su nacimiento (o el de otro pueblo, en este caso).

Entonces surge la otra pregunta: toda esta necesidad de decir, ¿arruina la novela? Y esta es una pregunta más difícil. Yo diría que arruina la novela como unidad indivisible de todos sus componentes. Pero no sería capaz de afirmar que arruina la historia contada (la que, después de todo, se logra contar).

La historia contada, aun cuando no termina de ser todo lo que realmente pudo ser, es tan grandiosa, tan

simple, tan bella, sensible, elocuente, necesaria, que es difícil sentir que puede ser arruinada. Lo que sucede entonces es que el lector (y hablo por mí como si ello fuera norma, aunque ignorando si lo es), tras darse cuenta de esta carencia, comienza una doble lectura de la novela. Instintivamente toma los retazos de historia y los coloca a un lado, y toma los retazos de panfletos y los coloca a otro lado. Con los primeros arma una novela, y con el otro arma la vida de Otero Silva (otra novela, entendida desde la perspectiva metaficcional), como para tratar de explicarse esa necesidad suya de decir, y de paso, de decir lo mismo que ya ha dicho. Y no es que en los elementos políticos esté esa historia de la vida de Otero. Es solo que, hay un metanarrador allí, que es el mismo Otero, contándote de sí, y tú como lector lo puedes leer entre líneas.

En otras palabras, es el lector quien transforma el panfleto en una historia secundaria. Y si el lector puede transformar en historia el panfleto, entonces es capaz también de transformar en novela los trazos sueltos de historia. Por más floja que es la historia, no podemos dejar de imaginar todas las demás cosas que la harían una novela ejemplar. Nosotros mismos, movemos los hilos de Sebastián para hacer que movilizara la revolución, movemos los hilos de Carmen Rosa para que intente salvar el pueblo. Seguramente todos serían intentos infructuosos; pero terminarían de constituir nuestra novela, tal como la terminan de constituir en nuestra imaginación.

Entonces, hay 3 Casas Muertas: la que escribió Otero Silva, la que se consigue seleccionando solo los retazos sueltos de historia y la que el lector completa. Y solo la tercera es magistral.

Pero al convivir esta tercera dentro de la primera, es casi inevitable, y de algún modo frustrante, decir que esa primera novela, la Casas Muertas de Otero Silva, es un gran libro, es un gran panfleto, es una gran historia, es una gran novela.

Sonia says

Una belleza rara. Sosegada, serena, melancólica y a ratos muy triste. Muchas veces casi lírica, la narración *in extrema res* de esta novela corta me sumergió en un vaivén de ensueño, en el que no tardé en tomarle cariño a los personajes. Miguel Otero Silva nos mostró el alma de un pueblucho cuya realidad y decadencia enterneció mi corazón pero no llegó a ser golpe fuerte de cruda realidad.

Me gusta que no haya hecho de esto algo estridente, sino bastante conciso y escrito de una manera magnífica, sin llenar de detalles superfluos la trama y resaltar con bastante sencillez el corazón de cada personaje.

Sin altibajos, sin adopción de tantas técnicas, pero con un estilo casi elegante, natural, y una construcción limpia, sencilla y accesible para cualquiera; muy fluida. No me aburrí en ningún momento pese a su falta de acción, como muchos dirían. No se habla de un tema en específico, pero salta a la vista el propósito de este escrito: despertar la sensibilidad del pueblo a la historia de un país.

Sobria, profunda, intensa, optimista, pura, **hermosa**... Hay muchísimos adjetivos que se me ocurren para esta obra, pero en resumidas cuentas, llena de amor. Diré que me removió el corazón de, entre muchas cosas, un poquito de orgullo venezolano. Muestra la condición humana en su mejor momento, generosa a pesar de las circunstancias.

Cómo me gustaría un país lleno de gente así, de gente con la que nunca te cansarías de conversar, sin darle tanta importancia al tiempo como al empeño de ser una ceñida unidad.

Gaby says

Casas muertas es la representación de una Venezuela pasada, que no se aleja mucho de la realidad que se vive hoy día. Desolada, desprovista de la esperanza, aunque no del todo; en el que se vuelca toda la ilusión y expectativa en tierras lejanas, habiendo aún algunos que creen en que existe la posibilidad de un cambio.

Lo más resaltante de esta obra, es que sin duda es un torrente de emociones, ya que tan solo en las primeras páginas es capaz de hacerte sentir empatía por los personajes, sin ni siquiera conocerlos. Este libro es tristeza, desaliento, soledad, miedo. Una ciudad fantasma en el que nada sobrevive a la intemperie, ni los más fuertes de espíritu.

Sencillamente tremendo.

—Los que mandan son cuatro, veinte, cien, diez mil. Pero los otros, los que soportamos los planazos y bajamos la cabeza, somos tres millones. Yo sí creo que se puede hacer algo. Yo no soy un iluso, ni un poeta del pueblo, sino un llanero que se gana la vida con sus manos, que ha criado becerros, que ha domado caballos. Y sé que se puede hacer algo.

Andrea Manzanilla says

Estoy tan orgullosa de que esta obra maestra haya sido creada por un venezolano, y super feliz de que me haya gustado tanto! ¡¡Absolutamente recomendada!!

Jose says

Por algo este libro es un clásico de la literatura latinoamericana... Muy bien escrito, y bien interesante. Lo mas triste y deprimente es que todo esto paso, y estoy seguro que aun existen miles de pueblos como Ortiz en toda nuestro sub-continente. Esos pueblos que los políticos de turno van cada X años a buscar votos y luego que se sigan muriendo de paludismo. Pueblos donde alguien como Carmen Rosa era la única persona en todo el pueblo con la capacidad de cursar quinto grado y, por tanto, nunca se abrió una sección de quinto grado en el pueblo.

Claro, es difícil romper este círculo vicioso cuando una buena parte de nuestros presidentes son unos analfabetas funcionales... O simples analfabetas. No pienso decir nombres pero todos saben quienes son.

Adriana says

Éste libro lo compré en la Feria del Libro, en Caracas. No lo leí ahí mismo porque tenía un par de libros pendientes que leer, pero apenas lo empecé a leer conecté con el libro.

El libro empieza ya bastante oscuro, bastante deprimente, tal cual un pueblo atacado por severas pestes. La manera en cómo se describe la convivencia de los pueblerinos, su vestimenta, tradiciones y edificaciones es

bastante acertada a cómo era la Venezuela de aquella época (y todavía quedan reminiscencias de el modo de vida de aquellos tiempos, pues la esencia de un pueblo no se pierde así de fácil, ni siquiera con el pasar de los años). Los ancianos, los jóvenes, los niños, todo está muy bien descrito.

"Y en todas partes elogiaban por igual su extinta laboriosidad infatigable, su extinto coraje frente a la vida, su extinta lucidez de pensamiento."

La descripción horrida de los síntomas de los enfermos, el pesar de los sanos, y por supuesto, Carmen Rosa y Sebastián, hacen de éste libro algo especial, y un orgullo nacional.

Lo que me impresionó de éste libro es que me hizo entender el dicho que tanto nos decía nuestro profesor de Historia de Venezuela: La historia se repite.

Sobre todo en la historia de éste país, siempre es un ciclo repetitivo de destrucción, corrupción, alzamiento y reconstrucción. Y éste libro lo deja mejor plasmado imposible.

La opresión a los estudiantes, un gobierno corrupto, policías corruptos, pueblos pasando trabajo... ¿no les suena a algo?

"Él, que había nacido para fundar pueblos y no para verlos morir, para suministrar agua de bautismo y no óleo de extremaunción."

Quizás una de las cosas que más me hizo conectar emocionalmente con éste libro fueron los términos y dichos originarios de aquí que nombraban, que entendí y asimilé a la primera por conocerlos a la perfección.

"La gente siempre es buena en esta tierra. Los malos no son gente."

Este libro me ha encantado, definitivamente queda entre mis favoritos.
